

La racionalidad espacial y su persistencia en la era global

Spatial rationality and its persistence in a global age

Gino Bailey Bergamin

Universidad Andrés Bello, Viña del Mar
ginobaileybergamin@gmail.com

Resumen. El espacio ha sido un ámbito de convergencia de diversas disciplinas. Henri Lefebvre ha sido un representante del análisis e investigación del mismo. A partir de un pensamiento crítico y dialéctico sobre el espacio, reflejado en la "triada espacial", ha concentrado en la actualidad el análisis por un grupo considerable de investigadores. El artículo propone un análisis crítico del espacio y la racionalidad espacial presente en la obra de Lefebvre, reflexionando acerca de su persistencia en la denominada era global. Una de las principales virtudes que presenta el espacio es su capacidad de adaptarse a las diversas circunstancias para seguir subsistiendo en cuanto racionalidad espacial o cartográfica. Franco Farinelli es uno de los autores que invita a considerar el espacio en cuanto racionalidad espacial, distinguiéndolo de todo el trasfondo cultural que reflejan por contraparte los territorios desde una perspectiva del lugar. Esto nos permite comprender cómo el espacio sigue operando en la actualidad, en base a un modelo diverso de funcionamiento del mundo, como son las sociedades de redes y los espacios evanescentes que proyecta el nuevo urbanismo.

Abstract. Space has been a field where a variety of disciplines converge. Henri Lefebvre is representative of the analysis and study of space, starting from a critical dialectical thought reflected in the "spatial triad". A considerable group of researchers is now concentrating on this analysis. This article proposes a critical analysis of space and spatial rationality present in Lefebvre's work, reflecting on its persistence in today's global age. One of the main virtues of space is its ability to adapt to various circumstances and to continue subsisting as spatial or cartographic rationality. Franco Farinelli, is one of the authors who invites space to be considered as spatial rationality, distinguishing it from all the cultural background reflected by its counterpart, the territories from a perspective of place. This allows us to understand how space continues to operate today, based on a diversified model of the world, such as network societies and evanescent spaces projected by the new urbanism.

Palabras clave. Espacio; racionalidad espacial; Lefebvre; Farinelli.

Keywords. Space; spatial rationality; Lefebvre; Farinelli.

Formato de citación. Bailey, Gino (2017). La racionalidad espacial y su persistencia en la era global. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 7(1), 89-108. <http://www2.ual.es/urbs/index.php/urbs/article/view/bailey>

Recibido: 16/08/2016; **primera revisión:** 03/04/2017; **aceptado:** 01/05/2017; **publicado:** 03/05/2017
Edición: Almería, 2017, Universidad de Almería

Introducción

El territorio de la modernidad ha sido la organización sociopolítica y científica (Raffestin, 1993, 2009; Schlögel, 2003) por excelencia que da lugar a la conformación de las ciudades articuladas según una jerarquía, donde la capital es el eje de los estados nacionales (Calabi, 2004). Las ciudades modernas se constituyen gracias al territorio, o, para ser más claros, gracias al territorio nacional moderno, el territorio modelar o aquel del espacio euclidiano, abstracto (Lefebvre, 1976). Las ciudades han depositado su energía, dinamismo económico y cultural, gran parte de los siglos XIX y XX, a una imagen y semejanza de las capitales, su proceso de urbanización, y de ahí a las naciones.

Esto no hubiera sido posible sin una economía acorde al espacio bidimensional. Gran parte de la acumulación capitalista (Harvey, 2002) se rige y tiene su sustento en la espacialidad moderna y en el funcionamiento espacial de los territorios como naciones (Arrighi, 1999; Braudel, 1981), uno de los principios artificiales de la forma política (Galli, 2009), pero funcionales, por el cual la economía de acumulación capitalista pudo sustentarse a través de todo el siglo XIX y el siglo XX.

La era global o actual globalización (Beck, 1998; Roberston, 2005) promueve una nueva relación epistemológica-ontológica desde lo local y global, pero también una nueva estructuración del espacio moderno en la fase global, donde lo liso vuelve a ser estriado (Deleuze y Guattari, 2004), o dicho de otro modo, lo que parecía distinto al modelo del funcionamiento del mundo, como lo era *la red*, comienza a ser parte del espacio, y, por consecuencia, la acumulación del capitalismo sigue teniendo legitimidad en el engranaje más subjetivo de vivir en las ciudades.

Es necesario revisar entonces la relación del espacio en clave originaria, más específicamente en la abstracción de aquel espacio geométrico que hemos naturalizado, para poder comprender el modo como interactúa hoy en el desplazamiento en los esquemas de una economía global (Sassen, 1999).

En la actual fase de la economía, se están sobreponiendo dos lógicas que tradicionalmente fueron contrapuestas, aquella de los lugares en búsqueda de una reivindicación en el territorio, y la racionalidad espacial, que sobrevive a las pautas de la economía global y se va acomodando, proponiendo lugares *evasivos y artificiales* (Amendola, 2009), los cuales patentan identidades *ciudadanas* a partir del devenir del *individuo pos-metropolitano*.

La hipótesis que está detrás del artículo es que la *racionalidad espacial* de aquel espacio abstracto y geométrico (Lefebvre, 1974, 1976, 2013; Soja, 1997; Farinelli, 2009a, 2009b) ha sobrevivido porque su definición como tal no ha sido superada. En parte por la misma comprensión del fenómeno, en parte por la subdivisión dual y en triada del espacio como tal, así como por otras razones aún no teorizadas, ha hecho que entendamos por espacio, probablemente aquello que no es parte de la lógica espacial.

El espacio, en tanto racionalidad espacial, sobrevive a los nuevos requerimientos de una economía global –estriándose o siendo liso (Deleuze y Guattari, 2004)– utilizando en la actualidad la atracción de los lugares o el sentido del *espacio vivido* –global–, de vida evasiva sobre el consumo y la implicancia de los sujetos o usuarios de la ciudad de otros sentidos distintos a la vista, para ratificar el proseguimiento y la territorialización de un sistema de acumulación capaz de adaptarse a la sociedad de redes.

El espacio vivido y diferencial frente a la abstracción: apertura y clausura de la racionalidad espacial

La *transducción* se ha vuelto en la actualidad un concepto clave para la interpretación de los espacios diferenciales de Henri Lefebvre (León, 2013; Rincón y Núñez, 2013; Núñez, 2009), ya que postula una vía alternativa y utópica en la apropiación del habitar en el mundo. Hasta hace algunos años atrás, el debate se había concentrado en la triada espacial del autor, y hoy pareciera situarse en los espacios diferenciales como opciones de un urbanismo alternativo del habitar, próximo y cercano al espacio vivido. Sin embargo, al hablar de espacio, todo se vuelve un poco más complejo.

En primer lugar, debemos asimilar el espacio lefebvriano en sus diversas formas de expresiones, esto es, como espacio *concebido, percibido y vivido* (Lefebvre, 2013). Esta triada, que analizaremos con mayor detención, posicionó la racionalidad del urbanismo moderno y del modo en que ciudad y el sistema de acumulación capitalista, en tres formas donde se encarnaba un proceso de abstracción social: lo vivido, percibido y lo concebido. El espacio convertía al mundo en lógicas de relaciones equidistantes, homólogas y coadyuvantes. La amplitud conceptual que generó Lefebvre hizo que tuviéramos que mirar el espacio de un modo abierto, lugar donde se encontraban el urbanismo, la arquitectura, la geografía, sociología, historia, geometría y matemática a la vez.

Pero no solamente esto. El hecho de instalar la idea de espacio vivido (Lefebvre, 2013) interpone una posibilidad en esta clausura que significaba la *racionalidad espacial*, caracterizada por la rigidez, exactitud y *matematización* de las relaciones en el territorio. Según el modo en que observaba las cosas el autor, antes de concebir un espacio, los sujetos se apropiaban, es decir, producían un espacio de representación, imposible de experimentar sin una praxis espacial ni un espacio vivido. En ese sentido, la *transducción* (León, 2013, p. 42) operaría como la oportunidad analítica-política de Lefebvre para superar la *racionalidad espacial*; esa posibilidad de un espacio diferencial, como la “*instrumentalización intelectual que construye y elabora un objeto teórico, un objeto posible*” (Rincón y Nuñez, 2013, p. 14) donde la alienación del ser humano respecto de su entorno logra ser disuelta.

La *transducción* como posibilidad aparece luego de haber superado ciertas definiciones conceptuales en torno al espacio, como lo eran la representación del espacio y los espacios de representación, ambos en contradicción permanente. Esta *transducción* forma parte del investigador que tiene la posibilidad de proveer una acción espacial con un sentido pertinente según el espacio vivido. Claro está, que este acontecimiento sucede dentro de las paradojas espaciales no como algo espurio, similar a la reafirmación lineal del tiempo sin contenido, un objeto posible/imposible, guiado por la *estructura estructurante* del habitus (Bourdieu, 1991). Es decir, que, como sistema de disposiciones, obedece a una estructura – espacial–, pero que, por definición, puede ofrecer también otras disposiciones que en la relación sujeto-objeto hace del espacio algo no homogéneo, sino diferencial. Sin olvidar que esto ocurriría consignando el *isotropismo, homogeneidad y continuidad*, propiedades de un espacio abstracto que se fueron quedando fuera del debate (Farinelli, 2009a).

Tanto el habitus de Bourdieu como la transducción de Lefebvre son dos dispositivos que explican la producción espacial. Un conjunto de disposiciones aparentemente normalizadas, ya resueltas, pero que dejan la posibilidad de transformación en la acción o en la interpretación y apropiación espacial. El objeto posible/imposible de Lefebvre.

El espacio se define por su complejidad ontológica y epistemológica, es por eso que Lefebvre alude a una nueva epistemología y metodología (Lefebvre, 1972) que permitiera trabajar sobre lo posible (Jiménez Pacheco, 2016). Esta superación en base a la transducción y la co-creación de un espacio diferencial fue una búsqueda analítica-política del autor para la superación progresiva de la mercancía, el capital y el dinero alojados y articulados en el espacio y las ciudades. Una superación dialéctica (Lefebvre, 1961).

Cuando esta superación ocurre, una articulación de la sociedad sobre el espacio, la vida y obra de una ciudad sobre el espacio vivido, esta alienación espacial y económica tendería a disolverse. El punto de partida era entonces el espacio diferencial, que uno puede leer en la búsqueda de las primeras obras de Lefebvre, y que vuelve cíclicamente hacia el final de su recorrido teórico. Lo mismo para el habitus (Bourdieu), la transducción como posibilidad y apertura de apropiación sobre el espacio vivido.

Sin embargo, la invitación analítica del espacio es más compleja de lo que creemos. Es menester revisar con mayor profundidad la triada espacial de Lefebvre para poder observar las limitaciones de una dialéctica del espacio –en este caso de aspecto dialéctico– en relación a otro urbanismo, otro territorio y otra ciudad alternativa de aquella de acumulación capitalista.

El estudio sobre el espacio de Lefebvre (1961, 1976, 2013) es un recorrido acerca del funcionamiento del mismo, de su contradicción y dialéctica. Es inevitable aludir a la ideología alemana de Marx y Engels (1974) para comprender que las contradicciones que identifica el pensamiento marxista en la realidad son las mismas que Lefebvre imbuje en el sentido de un *espacio concebido* –superestructura marxista–, un *espacio percibido* –estructura social– y el *espacio vivido* como parte de la superación de la infraestructura social y de las luchas de clases (Lefebvre, 1974). Aunque en la práctica espacial, el espacio es percibido de manera contradictoria, es ahí, en el espacio vivido de Lefebvre, donde la paradoja se supera, o donde las clases sociales, las clases de la ciudad pueden tomar consciencia de sí, ya que hacen suya la propia noción de habitar. Se apropian de su propio habitar, crean o generan en ese *espacio de representación* su forma de vivir, un espacio diferencial.

Algunos han visto en la dialéctica del espacio (Barringo-Esquerra, 2013) una manera de relacionar los sentidos (concebido, vivido, percibido) del espacio con el funcionamiento del mismo (representaciones del espacio, espacios de representación, práctica espacial).

Soja (1997) inspira gran parte del urbanismo posmoderno en la dialéctica espacial para proponer una tercera vía, a la cual llama *tercer espacio*. Un ejercicio de reivindicación propio de la imaginación geográfica, la cual reconoce en la dialéctica espacial un modo de comprender el espacio en sus tensiones y complejidades más amplias que lo meramente espacial o histórico, es decir, en tanto *espacialidad, socialidad e historicidad* (Soja, 1997, p. 184). Al mismo tiempo, la dialéctica entrega, a través del *tercer espacio*, la posibilidad de desarrollar un pensamiento espacial crítico, muy en sintonía a la *transducción* de Lefebvre. Soja considera que el espacio vivido, propio de los espacios de representación, entregaría la posibilidad de pensar y construir una alternativa al espacio predominante de los hacedores y de la economía capitalista ligada al urbanismo. Lo vivido sería aquel eslabón fundamental para la construcción de un espacio alternativo dentro de la triada espacial compuesta además por lo concebido y percibido.

Lefebvre señala: “*La triada percibido-concebido-vivido (que en términos espaciales puede expresarse como práctica del espacio-representaciones del espacio-espacios de representación*” (2013, p. 99). En parte, esto tiene un sentido, y es que las paradojas del espacio, observadas en una práctica espacial determinada, pueden ser superadas en la dialéctica entre las *representaciones del espacio* –los mapas, la racionalidad y discursos de especialistas, arquitectos, geógrafos, urbanistas– y los *espacios de representación* –uso y vida del espacio por la gente, sentido asignado–. El espacio de representación se vive, se habla, tiene un núcleo o centro afectivo (Lefebvre, 2013). Si bien es cierto que Lefebvre consigna un funcionamiento dialéctico entre niveles que se van conjugando en los territorios y ciudades, sigue siendo el método dialéctico el que está detrás del análisis del espacio, donde el enfoque marxista posiciona a una tesis y antítesis respectiva.

Como observamos, existe un cuadro relacional entre formas de funcionamiento donde el espacio se expresa y se articula: representación del espacio, práctica espacial y espacios de representación, y una tensión dialéctica entre el sentido que subyace la articulación espacial: lo concebido y lo vivido. En esa tensión dialéctica se juega gran parte de la síntesis en el pensamiento de Lefebvre, pero también las limitaciones en la comprensión del espacio.

La importancia entre *concebido y vivido, representado y representación*, se explica con el recorrido histórico que hace Lefebvre al conceptualizar el espacio absoluto, espacio histórico y abstracto (Barringo-Esquerra, 2013). Todos con un sentido histórico preciso, realzando el espacio abstracto como aquel de la modernidad, el que genera en la práctica espacial un sinnúmero de contradicciones y paradojas, en cuanto transferencia ideológica –representación del espacio– y concepción del espacio que recorre las ciudades y los territorios modernos.

Es por esta razón que tanto representación del espacio –espacio concebido– como espacios de representación –espacio vivido– se vuelven centrales en la comprensión del espacio propuesta por Lefebvre. La *transducción* como método, y los espacios *diferenciales* como síntesis o posibilidad de diversificación producida desde un espacio vivido, propio para quienes lo habitan.

Los espacios de representación, entendidos como la conjetura y producción de un espacio vivido, retrotraen las cosas a su lugar superando las relaciones de poder y paradojas de un espacio abstracto, concebido y dominante. Aunque una lectura adecuada a la *producción del espacio* (Lefebvre, 2013) diría que los funcionamientos se van mezclando en la dialéctica, lo cierto es que, dentro del mundo occidental, el origen de las ciudades ha operado según esta contradicción. Es difícil entonces separar concepción, percepción y vida espacial del funcionamiento propio del espacio a nivel ideológico, práctico o estructural.

En esa relación, Lefebvre nos muestra el claroscuro de la operación espacial, y al mismo tiempo nos introduce en la trama ontológica del espacio, mucho más poderosa y ostentosa que la dialéctica del mismo.

La posibilidad *transductora* y de la producción de un espacio diferencial (Lefebvre, 2013) es la apertura, una apertura de forma y funcionamiento dialéctico, pero de trasfondo dialéctico “Frente un espacio abstracto que tiende hacia la homogeneidad y uniformización para más amplias partes de la sociedad, señala Lefebvre (1974: 64), el espacio diferencial debe buscar dar cabida y permitir el desarrollo de las diferencias. Este espacio busca reasociar las funciones, los elementos y los momentos de la práctica social que el espacio abstracto disocia. El esbozo inicial de este planteamiento de lucha contra la homogeneidad y la repetición deshumanizada, lo había planteado el autor poco antes en su «Le Manifeste différentialiste» (1971)” (Barringo-Esquerria, 2013, p. 129). Los espacios diferenciales y plurales de Lefebvre tienen la necesidad de superar la dualidad y la concentración de grupos de elites (Lefebvre, 2013).

Lo complejo del espacio visto de este modo, histórico y asociado a un ejercicio de poder determinado, nos muestra las contradicciones y la posibilidad a partir de los *espacios diferenciales, el espacio vivido y la transducción*, pero también la propia clausura que propone la racionalidad espacial o *razón cartográfica* (Farinelli, 2009a).

Son distintas las monedas que se han estudiado, sin posicionar al centro que las manifestaciones, o doble cara, obedecían a una misma moneda, poderosamente ontológica, y que ha sobrevivido en las ciudades y el funcionamiento de los territorios en occidente, al igual que el sistema de acumulación capitalista en el globo, desde el siglo XV en adelante (Arrighi, 1999) en un largo ciclo de acumulación –espacial–capitalista.

El espacio vivido, dentro de la clásica triada entre lo concebido, lo representado y lo vivido (Lefebvre, 2013), es, entre las alternativas, la más atractiva para el desarrollo de una transducción espacial. Sin embargo, lo que alude a la vida "espacial", vinculada a una expresión artística y cultural del ser humano, o lo que los historiadores del arte y la historia de la representación (Vidler, 2000), que refiere a ubicarse prácticamente en el mundo, sugiere un mayor análisis porque suele confundir la implicancia real de la espacialidad y de la racionalidad espacial que se incrustó en occidente.

El espacio vivido de Lefebvre sugiere adhesión: “En principio, se trata del espacio «vivido», en correlación estrecha con la práctica social, es decir, se trata de la «espacialidad». El espacio estaría compuesto por lo urbano, que se expresa en los problemas de crecimiento de la ciudad, y lo cotidiano, como ámbito de la alienación, de la sociedad burocrática de consumo dirigido” (Núñez, 2009, p. 43). “Los tres momentos que se imbrican dialécticamente en esta producción son, para Lefebvre (1974), las prácticas espaciales (cómo se genera, se usa y se percibe el espacio); las representaciones del espacio (o espacios concebidos derivados de saberes técnicos y racionales, vinculados con las instituciones del poder dominante); y los espacios de representación, o de resistencias” (Núñez, 2009, p. 44)

Para Lefebvre es importante observar la pluralidad de sentidos y de significados que guarda un mismo lugar para diferentes actores. Los conocimientos locales y de apropiación cotidiana que realizan las personas se sitúan en la tensión de una práctica espacial donde descansa la paradoja. Si bien es cierto que en muchos pasajes Lefebvre no disgrega concepción y práctica espacial de los espacios de representación, como un fluir unitario, identifica muchas contradicciones que no dejan de retratar la ostentación de una representación del espacio que se ha hecho ciudad. Inevitablemente, los espacios diferenciales dentro de su teoría se convierten en alternativas producidas desde una praxis espacial con sentido de apropiación simbólica. Tienen un dinamismo y una construcción –diferencial–, y lo podemos observar en la relación consistente que acontece en las ciudades, como las movilizaciones, marchas, centros culturales autogestionados, agrupaciones feministas, movimientos anti-gentrificación, hábitat informal, gestión de eco-espacios en la ciudad. “Se desarrollan constantemente en una [...] relación dialéctica con las representaciones dominantes del espacio que intervienen [...] El autor concibe que el espacio de representación, aunque es sujeto de dominación, es también fuente de resistencia” (Rodríguez, 2013).

Es precisamente en la consistencia de las representaciones dominantes donde se concentra la clausura que propone el mismo *espacio*, más allá de la dialéctica o dialéctica. En ese sentido, geógrafos contemporáneos, como Farinelli (2009a, 2009b), señalan que es necesario tratar al espacio *por aquello que merece ser tratado*, y no des-ideologizarlo. En otras palabras, la subsistencia de una economía capitalista se debe a la supervivencia de una racionalidad espacial, aquella que se albergó en el espacio abstracto y en la representación del espacio. De ahí que aquello que no es parte de una racionalidad espacial abstracta, Farinelli no lo llama espacio. En otras palabras, el referirse al *espacio vivido, transducciones y espacios diferenciales* tienen una clausura inevitable, porque estamos reconociendo en ello una racionalidad espacial. Si no conlleva una racionalidad espacial, pues bien, no podemos denominarles espacios, sino lugares, o redes. Este pareciera que no es el caso.

La consistencia de una racionalidad espacial y la fragilidad de los espacios diferenciales y espacios de representación

Lefebvre era consciente de la complejidad que resguarda el análisis y descomposición del espacio. El denominado espacio abstracto tenía la particularidad de expresarse en la práctica espacial y probablemente imantar los espacios de representación. “*Esta continuidad subyacente, no se produce únicamente en la realidad espacial, sino en las mismas representaciones. El espacio preexistente no soporta sólo disposiciones espaciales duraderas, sino también los espacios de representación, que acarrearán con ellos imaginarios y relatos míticos*” (Lefebvre, 2013, p. 272). Había algo en el espacio que lo convertía en un problema mayor, subyacente a la propia práctica social, producida en la misma cotidianidad, representada.

Lefebvre problematiza el espacio desde una preexistencia propia de las representaciones, que además involucra aquello que era parte de la llamada *resistencia* simbólica de los espacios de representación. Entonces, la fragilidad de los espacios diferenciales y espacios de representación es un hecho al amparo de la propia racionalidad espacial.

En cierta forma, entramos en aquello que Farinelli (2009a) denomina como *l'inganno spaziale*, o engaño del espacio, que es el telón de fondo –lo subyacente–, lo presencial, o sentido práctico, las representaciones y lo representado del espacio, la razón cartográfica (Farinelli, 2009b).

“La conexión, fragmentada insegura, entre las representaciones elaboradas por el espacio y el espacio de las representaciones es el objeto del conocimiento, «objeto» porque implica-explica un *sujeto*, aquel en quien lo vivido, lo percibido y lo concebido (lo sabido), se encuentra en una práctica espacial” (Farinelli, 2009b, p. 273)

Bernat Lladó (2012), un estudioso del geógrafo italiano, señala que la propuesta de Farinelli parece radical porque va un paso más adelante que Soja y el urbanismo posmoderno, recapitula a Lefebvre, pero invirtiendo las relaciones duales por otras de raíz ontológica que se unen entre el significado, significante y significación. Farinelli va más allá de la diferencia entre significante y significado, propio del *logocentrismo* basado en el sujeto cognoscente y objeto conocido, para expandir críticamente el significado, el cual como racionalidad espacial, ha funcionado como un significado-significante único, perpetuándose *trialecticamente* en todos los niveles: concebido, percibido, vivido.

Lefebvre no renuncia a la idea de una transducción sobre el espacio, ni a una pluralidad espacial alternativa a la conformación del poder. No obstante, cuando se refiere a la profundidad del espacio abstracto, reconoce un sentido unitario que, prácticamente, está en todo el quehacer de los territorios modernos occidentales, no reconociendo diferenciación entre sujeto-objeto, porque como tal es sujeto y

objeto a la vez. Es interesante cómo desde la práctica espacial la dualidad sujeto-objeto desaparece porque se produce una dinámica. Esta unidad hace que el sujeto se implique y se explique desde la práctica espacial. De alguna forma, la práctica espacial no puede desarraigarse del sentido y la lógica que envuelve e imanta el espacio, entre lo representado y la representación.

“El espacio es tramposo, y tanto más cuando escapa a la conciencia inmediata. De ahí quizás la pasividad de los «usuarios». Sólo una pequeña elite distingue la trampa y evita caer en ella” (ibíd, p. 273) Si el espacio es algo más que el objeto y el sujeto implicado, algo más que lo concebido, percibido y practicado, la clausura del espacio radicaría precisamente en este problema ontológico, desde donde inicia, se produce y co-produce en los territorios la racionalidad espacial. *“El espacio está «en» el mundo, porque el Dasein es espacial en el sentido originario. Si la espacialidad se hace temática para la circunspección misma, entonces aparecen el cálculo y la medida, por ejemplo, en la construcción de viviendas y en la agrimensura... En suma, el espacio no es ni res extensa ni algo subjetivo (res cogitans)”* (Flores, 2003, p. 266).

La racionalidad cartográfica, o racionalidad espacial, se expresa en toda la obra de Lefebvre, pero constituye en sí misma una clausura a la alternativa de una ciudad que no contiene los resabios de dicho campo. En ese caso, no serían probablemente espacios heterotópicos sino los lugares. Acogiendo el interrogante que plantea Lefebvre, *¿somos realmente conscientes de la racionalidad espacial?*, probablemente debamos indagar con mayor profundidad en esta racionalidad particular, que no se encuentra en ningún lugar, pero que está en todo lugar.

Cuando el territorio se vincula con el espacio *moderno*, y este actúa como plataforma única y total del lugar, el lugar se significa por aquello que es en cuanto plataforma, perdiendo y sacrificando su propiedad y riqueza cultural originaria. De este modo, el espacio tiene orígenes particulares y modelares, donde el territorio deja de significar algo relacionado a la tierra, aproximándose a su significado e implicancia etimológica: como *terrore*¹. *“Instrumento terrorífico, el espacio urbano no destruyó todavía la naturaleza, sino que la envolvió y la confiscó. Sólo más tarde, en el segundo grado de la abstracción espacial, el Estado tomaría su relevo”* (Lefebvre, 2013, p. 307).

Este pacto no fue el resultado de algo casual, sino una coincidencia de factores como el origen del arte y la perspectiva moderna, la acumulación capitalista moderna, los territorios nacionales modernos (Braudel, 1981; Arrighi, 1999; Schlögel, 2003), el método científico, y las guerras que conformaron naciones, entre otros, que hicieron reconvertir los lugares en otra cosa llamada espacio. Este proceso, desde donde se origina el nuevo funcionamiento del mundo a través del estándar, sobrevive de manera independiente de la praxis o concepción espacial que tengamos. Y esto, porque conserva un sentido unitario que se va transfiriendo en lo representado, en la práctica y en la representación, a partir de las propiedades de continuidad, isotropismo y homogeneidad (Farinelli, 2009b).

Para Farinelli, los lugares tenían un sentido particular, diversos por su originalidad, y por relacionarse a un modelo predominante de vivir en el mundo, caracterizado por las jerarquías y la unión entre naturaleza y cultura. Sin embargo, durante la modernidad nos remitimos a un territorio articulado desde el espacio, por su *continuidad* (Farinelli, 2009b), de estar siempre sobre una misma superficie *única* por más lugares diversos que existan interactuando, la diferencia se omite y se vuelve una red extensa. Los lugares en el

¹ *Nessuno in realtà sembra in grado di definire il territorio» ha affermato, rimarcando i differenti significati che il termine ha assunto nel corso dei secoli: «Secondo quanto riportato nel Codice Giustiniano l'etimologia di “territorium” deriva da “terror”, ovvero “terrore, spavento, minaccia”. Non è un caso che nel tardo Medioevo “territorium” equivalesse allo “spaventapasseri”» ha sottolineato. Due delle condizioni indispensabili per la formazione di uno stato moderno, secondo il professor Farinelli, riguardano il territorio, inteso come «pezzo unico e continuo» e l'omogeneità declinata «nella stessa capacità di manipolazione simbolica» (www.bisceglieindiretta.it/farinelli-spiega-la-mediterraneizzazione-del-mondo/),*

espacio moderno no cuentan. La continuidad es la propiedad que hace perder una característica cualitativa del lugar, por ejemplo el relieve, o un aspecto paisajístico y cultural propio y único en el mundo, por ser parte de algo continuo y plano. Para poder comprender esto, debemos recurrir necesariamente al origen del espacio euclidiano.

La *continuidad* como base de la *espacialidad* moderna se hace práctica de acuerdo al movimiento euclidiano², donde todo cabe según la proporcionalidad geométrica de las formas. Un lugar cuenta entonces por su relación con otro lugar, en la medida que se encuentra en una disposición, valga la redundancia continua, entonces la relación será métrica, por distancia, calculada aritméticamente. El territorio moderno existe mientras sea sobre dicha superficie, todo sobre un mismo plano, uniforme y, por defecto, homogéneo. La *continuidad* como base de la espacialidad moderna ha sido también un punto de partida para la crítica social (Lefebvre, 2013) sobre el entendimiento del espacio según operación racional matemática, abstracta de la geometría.

El *isotropismo* será entonces la organización de aquello que territorialmente se ha sacrificado para ser dispuesto como *continuo*. La extensión y superficie debe ser controlada y organizada. El isotropismo es la centralización, el punto organizador, las capitales nacionales. Finalmente, la homogeneidad. Como no pueden haber diferencias en esa composición, no existen diferencias ni de textura, ni de lo que ocurre en aquel territorio, todo debe ser homogéneo, compuesto de un solo tejido. Esta triada de sentido espacial generaría el trasfondo y la cláusula de la racionalidad espacial, que se transferirá independiente de si es un espacio representado o un espacio de representación. Significante y significado, objeto y sujeto se implican y explican, aludiendo a Lefebvre, por esta racionalidad espacial. En eso sintonizan intelectualmente Farinelli y Lladó.

Farinelli (2009b) profundiza más sobre las reales implicancias de la racionalidad espacial, señalando que el espacio –entendido por Lefebvre como espacio abstracto– se rige por la extensión, el estándar, y por haber incorporado estos tres principios de la geometría en la vida social, fundamentalmente en el territorio:

Isotropismo (a)

“prima l’isotropismo, vale a dire nel nostro caso la centralità della capitale, intesa come punto verso il quale tutte le parti di cui si compone il territorio statale sono funzionalmente voltate” (Farinelli, 2009a, p. 41).

Continuidad (b)

“ma la prima delle proprietà euclidee dell’estensione è la continuità, dalla quale prima e ancor più dell’omogeneità culturale dello stato dipende quella fisica, fondata sulla distinzione e separazione delle acque dalla terra, sulla trasformazione degli acquitrini e dei paludi in terre asciutte” (Farinelli, 2009a, p. 41).

Homogeneidad (c)

“L’omogeneità, nel senso dei valori culturali, veicolata da quell’etnicità fittizia, dall’invenzione di un unico popolo inteso come entità esclusiva cementata da propri miti e simboli storici” (Farinelli, 2009a, p. 41).

El isotropismo ha sido cuestionado por no dar cuenta de lo que ocurre en los territorios, por ejemplo en la geografía de los territorios, que tiene una composición anisótropa, es decir, heterogénea, donde cada punto ejerce una importancia según su dirección y direccionalidad (Pumain y Saint-Julien, 2001). Un

² Uno de los innumerables orígenes claros que encontramos entre el espacio y el acoplamiento con el territorio moderno.

medio es denominado isótropo si sus propiedades físicas son idénticas en todas las direcciones (ibíd., 2001), lo idéntico hace referencia a lo estándar. Con el advenimiento de la racionalidad espacial, la unidad de un territorio ha debido suspender las discontinuidades geográficas entre los lugares, y ejercer dicha unidad en base a la homogeneidad de circulación, medida por la distancia. Se ha alcanzado la neutralidad, reduciendo y vaciando a los lugares, en cuanto profundidad y en cuanto a interacción, por una unidad homogénea donde los lugares significan la misma cosa y son intercambiables entre sí. Eso se produce gracias a la definición de las capitales modernas.

La continuidad implica que entre lugar y lugar no haya otra interacción que la métrica, perdiendo de este modo el valor interno existente como singular, ya que se entienden como extensión de la misma composición nacional (espacial). De este modo se pierde toda profundidad del territorio, sus memorias, su producción agrícola pretérita, su paisaje y la expresión identitaria del mismo. Territorio y espacio moderno se vuelven unificados, así como el estado-nación, con la lógica espacial.

Finalmente, la homogeneidad podría decirse que es una condición evidente donde se articula la cultura nacional, organizada por los otros principios ya descritos. De este modo comprendemos que tibetanos, kurdos, mapuches, y otras etnias articuladas desde los lugares, se vuelven incómodas para la racionalidad espacial.

El resultado efectivo del proceso de *territorialización*, lo vemos en la medida en que las sociedades naturalizan el orden político-científico del territorio, es decir, la artificialidad de éste —a través de la racionalidad espacial—, interactuando como si fuera parte de un transcurso natural. O bien, actuando vinculados en un mismo espacio de convivencia de grupos humano (al *spatium*), pero que, sin embargo, su *unidad* no reside en la actividad *común* que se desempeña —como solemos creer—, sino en un abstracto o un afuera. Aunque —dicha unidad— se hace necesario crearla como entidad política *común* (Esposito, 2006) para llevar a cabo el funcionamiento del territorio moderno.

La creación de esa idea *unitaria* del espacio, en tanto racionalidad espacial, reacciona a través de la representación (Galli, 2009), la cual hace unitario aquello que no lo es: el territorio-nación. Sin esa *representación y representatividad*, no existe territorio-nación, porque la unidad territorial moderna es una unidad que da cuenta de lo invisible para hacerlo visible (Farinelli, 2009b)³. Lo invisible es una no unidad, algo complejo y múltiple, ciertamente desconocido y multiforme, donde los lugares estaban en cierta forma implicados. La única manera en que sea unitario el territorio de la modernidad es a través de dicha representación: el territorio nacional, el *organum* por excelencia.

La unidad tiene que ver con la generación del abstracto, con la *representatividad* (Farinelli, 2009b), con hacer normal o natural la construcción social de las ciudades, o con actuar por conformidad a un territorio dado. Nos volvemos fieles devotos de la asunción de un modelo del territorio, como si fuera verdaderamente el territorio, de manera pura, cuando, por el contrario, su origen responde hacia algo modelar y político, donde la racionalidad espacial, a través de sus propiedades ya descritas, va produciéndolo.

Y si Lefebvre (1976), cuando habla que el espacio existe por la construcción social que se le da, como reseña ampliamente Farinelli, erra no en parte de su funcionamiento, sino más bien en el fondo.

Según lo que ya hemos revisado, es la *lógica del espacio*, aquella de la racionalidad espacial, la que se

³ Lo gubernamental, como nivel político territorial, no es la unidad representativa de éste, sino más bien una simple administración o instrumentalización de la misma lógica abstracta.

prescribe en la construcción social del mismo, y no al revés. Incorporándose e insertándose en lo representado y en la práctica social, es como ha podido producirse como espacio. La construcción social del territorio es una construcción espacial, de lógica y narrativa espacial sobre las ciudades y complejos geográficos. De ahí que el origen del territorio moderno sea modelar, político y científico antes que verdaderamente terráqueo y local.

Sin embargo, y en honor a la discusión, es necesario hacer un paréntesis en cuanto concierne al espacio y la construcción social de éste. Las corrientes más construccionistas (Raffestin, 2009; Werlen, 1993) señalan que, en realidad, el espacio es relativo, y es en la representación subjetiva de éste donde cada uno genera su espacio socialmente construido de modo diverso. El espacio se asume como infinito, por lo tanto son *espacios* –en plural– los que representamos socialmente, ya que la realidad no existe como única realidad.

De este modo, comprender la relación entre espacio y territorialización (Raffestin, 2012) no sería un error teórico, sino una imposibilidad epistemológica. Raffestin lo compara al *Libro de arena* de Borges (2011), que no tiene principio ni fin, pero que es infinito como la arena (el espacio). Sin embargo, lo equipara en su complejidad al espacio de Einstein, el cual es ante todo un invento, una creación, una herramienta que nos permite actuar, en los niveles que sea (Raffestin, 2012) –concebido, representado, de representación–. Sería el cruce de diversos mundos a disposición del ser humano, y, en términos de Raffestin, no debería ni ser absoluto ni permanente, sino está en relación de lo representado y la representación de este. En ese sentido sigue la dialéctica de Lefebvre.

El problema de estas vertientes está en que hablan de algo que siempre ha existido, y es nuestra relación *socioterritorial*, o nuestros distintos imaginarios que significan la ciudad. Pero cabe aclarar que la *lógica espacial*, y el *espacio moderno*, es distinto a esto, no conviene pensar en la relatividad de éste, cuando todo su peso discursivo es el que se ha ejercido en los territorios nacionales.

Relativizar *el espacio moderno* significa abandonar las consecuencias que ha tenido el predominio de un espacio abstracto en las ciudades y en el urbanismo, olvidarnos del poder, de la planificación urbana, de la gobernabilidad de las ciudades, de su elite, etcétera.

Es ilógico observar a un arquitecto de la antigüedad hoy construyendo los propios edificios. Luego del nacimiento de la perspectiva moderna en el 1400 (Farinelli, 2009a), es el proyecto, el proyectista (Paolucci, 2009; Amendola, 2009), la proyección como oficio arquitectónico y planimétrico de la urbanística lo que hace las ciudades. El sutil detalle se encuentra en que la entidad que desde ahí articula la *forma* de las ciudades no está ni en el arquitecto, ni en su oficio con el edificio, ni en quienes no siendo los arquitectos construyen la edificación, sino en el abstracto, en el modelo, en el espacio.

El territorio de la modernidad ha sido entonces la reafirmación del territorio de la modelación del espacio, y no del territorio desnudo de las ciudades, justamente porque los lugares han debido renunciar a su valor de uso, sustituyéndolo por su valor de cambio. Una de las implicancias de la racionalidad espacial.

Un modelo del territorio que es expresado sólo a través de la operación sobre el territorio desnudo, pero que para funcionar como *territorio verdadero*, éste, el terráqueo o el que dinamiza una ciudad o un barrio, debe renunciar a la propia dinámica compleja que tiene al interno, tal como ocurre con en el proceso de consagración de la idea moderna de comunidad (Tönnies, cit. en Acebo, 1996), que implica un sacrificio (Esposito, 2006) de su complejo *no unido* para llegar a ser unidad. Del mismo modo, el territorio debe renunciar a su propio discurso para reducirse a aquel morfológico, el cual nos parece amigable y preciso, racional y verdadero, justo y exacto, pero que, en el fondo, por esa misma fortaleza científica de ser

preciso, certero, y sin error en su representación proporcional cartográfica, genera su dominio operativo hacia nosotros.

Un territorio que antes de ser, ya es preexistente, y que se nos presenta como algo objetivo o algo por construir. Por ende, no puede ser entendido el territorio moderno como la construcción social del espacio, sino al revés, es el espacio-territorio, su lógica discursiva, la que forma la construcción social de éste.

La racionalidad espacial no sería entonces algo inerte, todo lo contrario, cuenta con propiedades (continuidad, isotropismo, homogeneidad, entre otras) y con una discursividad (de poder) para la conformación de ciudades.

Spatium e locus son dos dimensiones que han convivido durante todo este periodo gracias a la superficie espacial en donde han estado situados los lugares, o gracias a que los lugares han sido producidos a partir de la plataforma métrica de la espacialidad moderna (la práctica, lo representado y los espacios de representación) anulando su propia naturaleza y profundidad.

En algún momento, justamente, previo al advenimiento de los estados nacionales, los lugares tenían significado por aquello que valían, no existía una pretensión por la definición extensiva de todo el territorio, menos de tener todo bajo control. Por eso, la mayoría de las ciudadelas eran fortificadas y se cerraban, porque el límite era aquello que no radicaba en el lugar o que distinguía a un lugar de otro, simplemente porque cada lugar era único e irrepetible (Farinelli, 2009b). La transformación, que comienza a ser percibida ya por Weber (2003) en su análisis sobre de las ciudades medievales, consiste en que la existencia de los lugares no desaparecería, sino que cobraban un valor distinto, que es en función a la lógica espacial moderna.

Uno de los ejemplos esclarecedores en esta relación entre la unidad del espacio –como racionalidad espacial–, lo vemos con el levantamiento cartográfico de la meridiana de París en 1720 (Schlögel, 2003; Farinelli, 2009a), que no sólo sirvió de modelo un simple levantamiento a escala real en Francia, sino más bien en hacer *territorio* a partir del modelo y racionalidad espacial. Darle existencia territorial a París y a Francia a partir de un modelo espacial trigonométrico de valor astronómico. Es París además una de las primeras ciudades-estados de la modernidad.

Jacques Cassini, a quien se le encargó el levantamiento de la meridiana de París, fue uno de los personajes comprometidos con la revolución científica de la física, y de la astronomía en particular, que estaban perpetuando todo cambio del saber y el nacimiento de otras ciencias, en ese entonces menores. Lo interesante del mapa y de la cartografía de Cassini hecha sobre la meridiana de París no está en la evolución del pensamiento iluminista cartesiano, sino en la complicidad política-científica del espacio en la producción del territorio.

El intento por generar el levantamiento cartográfico más exacto posible, o, dicho de un modo correcto, más *representativo* posible, había sido un intento de diversos lugares, pero que tuvo en Francia mejor resultado (Schlögel, 2003).

El territorio complejo, para poder ser representado tiene que obedecer a la lógica del mapa, y no a su propia lógica. Eso implica un sacrificio, porque, en el territorio complejo y móvil, el lenguaje no es planimétrico, al menos no lo era previo a esta transformación.

El territorio sacrifica su propio lenguaje, porque previo al levantamiento del mapa de Francia de 1720, existe un modelo espacial que se ejerce al levantamiento en terreno. Ese modelo espacial entiende al

espacio infinito astronómico y a la trigonometría como *modus operandi*. Es el cálculo trigonométrico que permite unir todos los puntos de la tierra con los puntos del mapa de manera exacta, el cumplimiento de la profecía del espacio a través de la escala.

El proyecto de la dinastía Cassini fue exitoso, pero con un detalle a considerar. Cuando se inició el levantamiento de los puntos trigonométricos en terreno, se percataron de que existía un error de exactitud; aquello que estaba calculado en terreno no obedecía al posicionamiento métrico ni a la distancia entre los puntos trigonométricos del plano. Ciertamente, el territorio y los lugares tienen una complejidad terráquea que no pueden rehusar. Tal vez ese fue el último respiro de la presencia de los lugares en ese proyecto (Schlögel, 2003). El problema era elemental y casi obvio, no se cumplía la lógica de la escala (del espacio), porque la tierra no funciona y nunca ha funcionado planimétricamente, más allá de que el modelo dijera otra cosa. El cálculo no funcionaba porque la distancia socioterritorial es relativa, dependiendo de donde se esté. En cambio, en el mapa, o en un plano, la distancia no es relativa, sino métrica, exacta, todo de acuerdo a la ley de equivalencia.

Finalmente el proyecto del mapa a escala real se concretó, forzando aquello incómodo del territorio –el lugar y la relatividad– a la lógica rectilínea, corrigiendo no el mapa, sino el territorio a la efectividad de la lógica espacial planimétrica del mapa.

Es por ello que desde ahí se puede entender que el espacio moderno y la producción del territorio, fuera de ser algo que existe, no es sólo una idea que le pertenezca a la abstracción física y matemática del espacio, también compromete y unifica políticamente el territorio del estado-nación (Schlögel, 2003).

No se puede establecer, dicho sea el caso, que el territorio francés, como uno de los ejemplos originarios, fue representado por el mapa de 1720, sino al contrario. Fue Francia la que se organizó territorialmente a partir del modelo que modeló y produjo ese territorio francés. A la posterioridad, esto se hizo extensivo en todo el mundo occidental moderno.

La racionalidad espacial, tal como muestra Karl Schlögel a través de los lugares, es pre-existente y producida. Desde ese punto de vista, debemos cuestionar la conveniencia de enfatizar los *espacios de representación* cuando ontológicamente sigue produciéndose a todo nivel la unidad de la racionalidad espacial. Estándar, escalar y abstracta.

Así, en este recorrido, observamos cómo gran parte de la representación del espacio va produciendo y co-produciendo a través de planos que se convierten en ciudades, y ciudades en donde interactuamos. La racionalidad espacial hace que concepciones tan abstractas como las que hemos revisado se conviertan en una realidad de vida en las ciudades. De este modo, los niveles se van combinando y la distinción entre *espacios de representación* respecto a la *representación del espacio* va convirtiéndose en algo infructuoso, en la medida que la racionalidad espacial es algo que se transfirió independiente de la tensión sujeto-objeto. Lo observamos en la materialidad de los espacios urbanos, en la racionalidad del urbanismo moderno y en las prácticas espaciales guiadas por los ritmos de semáforos o de horarios establecidos.

De toda esta problemática Lefebvre era consciente y se pregunta “¿cuál es la relación existente entre el espacio mental (*percibido, concebido, representado*) y el espacio social (*construido, producido, proyectado, espacio urbano por excelencia*), es decir, la relación existente entre el espacio de la representación y la representación del espacio?” (Núñez, 2009 pp. 43- 44).

Al plantear en un comienzo los espacios diferenciales y la transducción como alternativa de transformación sobre el espacio, considera una invitación pero al mismo tiempo una clausura a dicha

posibilidad. La unidad espacial, de la racionalidad espacial, muestra que el espacio es algo diverso a una alternativa posible. Lefebvre establecía que el espacio es primeramente vivido, luego concebido. Sin embargo, la producción del espacio era predominantemente espacio representado por proyectistas, arquitectos y urbanistas. La clave se encuentra en el *espacio abstracto* de Lefebvre, ya que se asociaría próximamente a la *representación del espacio*. El espacio diferencial busca la heterogeneidad espacial, pero sigue existiendo como espacio, y no como lugar. Ahí está precisamente el problema originario.

La evasión del lugar y la persistencia de la racionalidad espacial en lo global

En la actualidad el *lugar* cobra un nuevo protagonismo, aunque la manera en que se ha ido legitimando está lejos de perpetuarse como parte de su raíz genealógica u originaria, sino, más bien, se significa legitimando una parte constitutiva de la acumulación capitalista en el espacio, el consumo y la circulación de la mercancía.

Los *lugares* retornan como forma de propiciar una vida sensorial, afectiva y emotiva en las ciudades. La racionalidad espacial, al ser concomitante con el ciclo de acumulación capitalista, tiene la fragilidad de no poder perpetuarse por mucho tiempo de un modo rígido y lineal. La manera de retrotraer el lugar a escena ha ubicado a los ciudadanos como usuarios de la ciudad (Amendola, 2008, 2009), quienes viven la experiencia de recorrer los espacios públicos y de consumo provocando un arraigo por aquellos sentidos que, junto a la vista y el tacto, los convierte en legítimos y atractivos, pero con la contracara de ser un arraigo que se desvanece, de ahí la idea de evanescente o evasivo. Algunos de estos lugares son excéntricos, donde se recrean lugares abstractos en espacios metropolitanos donde la identidad se halla diseminada.



Cloud Gate, en el Millenium Park de la Ciudad de Chicago. (Fuente: Anish Kapoor, 2004, <http://anishkapoor.com/110/cloud-gate-2>)



Floralis Genérica, escultura situada en Plaza de las Naciones Unidas. Buenos Aires, Argentina. (Fuente: www.panoramio.com/photo/31963854)

En esta ciudad de los lugares evasivos, no es estimulada por aquellos residentes que viven y trabajan allí. Hay una población más vasta y amplia en el ciudadano entendido como *city user*, donde los lugares cuentan según el uso que se le va dando –un uso parcial–, independiente del sentido de pertenencia (Amendola, 2010). Es ahí donde encontramos la principal diferencia entre los lugares según su sentido originario y este tipo de lugares, donde el arraigo, la cultura y la apropiación no acontece. Es un arraigo y una adhesión momentánea y sensitiva lo que producen, reforzada, claro está, por la inmediatez de las sensaciones adscritas a la potencialidad de consumo, cuan usuario de la ciudad.

Hombres de negocios, turistas, visitantes, personas curiosas, paseantes de sábado, grandes cantidades de personas (Amendola, 2010), son aquellos que le van dando un sentido de apropiación evanescente.

Michael Conzen (2009) hace una revisión de los nuevos espacios públicos y de la historia de los parques y espacios públicos en el siglo XX y XXI. Señala que lo que hay detrás de Millenium Park y el Cloud Gate (en las fotografías) es la persistencia de una trayectoria del parque público que se ha reinventado a través de dos décadas, primero como un lugar abierto, ahora como un modo de instalarse sobre el tejido urbano, pero alejándose del paisaje y del contexto territorial.

La racionalidad espacial sigue presente, pero proyectada sobre la descontextualización de un espacio que invita a la atracción y a la interacción de las personas o usuarios. Sigue presente la racionalidad espacial poniendo en valor un aspecto superficial del lugar, como es la atracción, la invitación a las sensaciones y a la experimentación, porque, como vemos, las personas pueden interactuar en el Cloud Gate del Millenium

Park. La diferencia está en que aquella articulación entre *concebido*, *percibido* y *vivido* sufre una alteración, ya que recrea aspectos sensoriales de los lugares, con una distinción: perpetuando la descontextualización del lugar como tal. De esta manera, la racionalidad espacial se perpetúa desde una representación y concepción del espacio que seduce, pero que tiene una matriz ontológica tendiente a realizar lugares que son evanescentes como el Millenium Park.

La *Floralis*, por contraparte, una intervención urbana en Buenos Aires, actúa por una escenificación reactiva (Romero, 2010), es decir, ocupa la misma lógica de producción del espacio de los símbolos de Millenium Park, con la diferencia de que no busca su interacción, sino la contemplación en un parque que se des-contextualiza como tal para convertirse en un escenario cuando anochece y ser así contemplado por sus usuarios. La *Floralis* tiene la particularidad de ser sensible a la luz, expandiéndose de día y contrayéndose de noche. Esto genera la ficción de estar recreando un paisaje en un entorno natural de lo urbano –el parque–, el cual, tal como señala Farinelli, “hace finta” de estar recreando un lugar con pautas de producción del espacio, basados en una racionalidad espacial. Todo porque, al igual que Millenium, como lugar, tiende a ser líquido y destinado a no persistir. Ser evanescente.

La *Floralis Genérica* de Buenos Aires, Argentina, y la *Cloud Gate* de Chicago, Estados Unidos, son dos casos ejemplares, en contextos totalmente diversos, de la invitación que producen este tipo de obras urbanísticas. Sea por grandes eventos o como modo de incrustarse en la cotidianidad, la atracción del lugar cobra sentido en la medida en que permanece frente a un límite de apropiación. Como las personas cuentan de acuerdo a su uso evanescente, pues bien, la apropiación como tal, o trasfondo cultural que de ahí pueda constituirse, tiene una limitación que no concierne ni a la historia local, ni a la cultura, ni al sentido profundo de territorio, justamente porque no están articulados ni pensados de ese modo.

En esta acepción de los lugares se intenta potenciar la intensidad de lo extraño, lo inaudito, inesperado, para generar la atracción y eventual identificación recreando un paisaje artificial descontextualizado.

Aquí se va conformando un escenario donde la racionalidad espacial vuelve a esconderse tras la monumentalidad o la objetualidad de la propuesta urbanística, para ser consistente como espacios de consumo y de circulación. Este aspecto no tiene la necesidad de ser evidente, basta con que la racionalidad espacial se encuentre articulando estos espacios y remitiendo el rol de habitante a un rol como un usuario evanescente en la trayectoria y paso por estos lugares.

La unidad y la racionalidad espacial ha ido acomodándose e insertándose de acuerdo a las diversas transformaciones que ha tenido la ciudad en el siglo XX y XXI. Deleuze y Guattari (2004) hablan de un mismo telón de fondo cuando se refieren al espacio, observando diversas expresiones referidas como estriado y liso.

Lo liso y lo estriado forma parte de expresiones espaciales, pero en ningún momento dejan su naturaleza espacial. Lefebvre, cuando se refiere al espacio vivido y a los espacios de representación, en parte reafirma una expresión, o lisa, o estriada. Para muchos, los espacios de representación, o alternativa de espacios diferenciales, se presentan como la alternativa de la resistencia espacial. No obstante, se definen como espacio. Y ahí se extiende el problema, ya que el espacio y la racionalidad espacial han sido coadyuvantes de un proceso de acumulación capitalista expresada en el territorio nacional moderno, y ahora en las ciudades del siglo XXI.

Ante la doble cara de una misma moneda espacial, se plantea el interrogante:

“¿es un espacio liso el que es capturado, englobado por un espacio estriado, o es un espacio estriado el que se disuelve en un espacio liso, el que permite que se desarrolle un espacio liso?” (Deleuze y Guattari, 2004, p. 484).

Es evidente que Deleuze y Guattari hacen una distinción entre lo liso y lo estriado, donde lo primero sería similar a los espacios de representación, lo líquido, la alternativa de los espacios diferenciales, mientras que lo estriado es próximo a las leyes de la abstracción geométrica del espacio, que luego son transferidos y replicados desde la atrayente práctica espacial. Ciertamente, existe un rasgo importante en aquel espacio líquido, el cual, aun obedeciendo a un espacio, consiste en la dirección, mientras lo estriado es dimensional (Deleuze y Guattari, 2004).

La nueva ciudad y el nuevo espacio público-privado son escenarios evasivos que adulan la liquidez basada en el consumo, se estrián o son estriados a través de la economía espacial. Dicho estriamiento favorece la consolidación y subsistencia del espacio como tal, es decir, la reafirmación de algo que yace escondido, pero que en ese oscurantismo se encuentra articulando una racionalidad. El peatón en ese sentido comprueba el poder de la racionalidad espacial cuando en la práctica cotidiana comienza a atribuir sus movimientos limitando al máximo la apropiación y autonomía de apropiación sobre el territorio. En otras palabras, cuando de ser conductor comienza a ser conducido.

Los nuevos espacios públicos, a través de estos escenarios evanescentes, ubican un simulacro del lugar, a temperatura agradable, con aroma agradable, pero que igualmente logra generar una conducción en cuanto *city user* o usuario de objetos, y no como transformador de los lugares. Sea un usuario consumidor, o un usuario paseante, es ser usuario al fin y al cabo.

Esto tiene un correlato con la abstracción del espacio, en el espacio de Riemann, el cual se entiende como una variación al espacio euclidiano, que es flexible y curvo, pero que al fin al cabo tienen una misma estructura. Lo mismo sucede con la racionalidad espacial y la unidad espacial, se desplaza, aparece y desaparece en la práctica espacial, pero no pierde sentido en la medida en que logra conducir una práctica social contradictoria, de consumo y evanescente, precisamente porque sigue siendo espacial, y porque el espacio es concomitante con el inicio de un ciclo de acumulación capitalista que data del siglo XV, al igual que el origen del espacio (Arrighi, 1999).

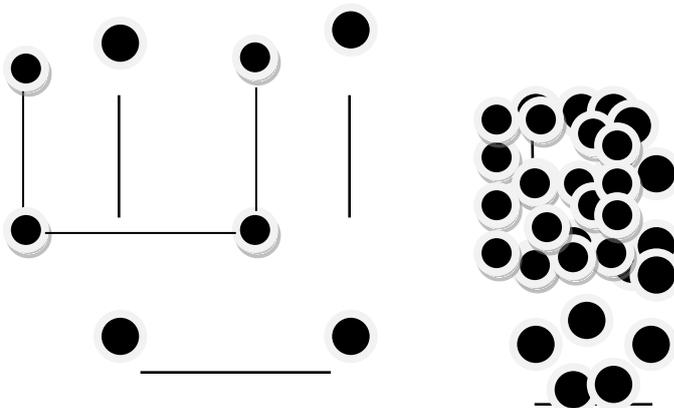


Figura 2. Modelo estriado y modelo liso según interpretación sobre la obra de Deleuze y Guattari. (Fuente: Elaboración propia, 2016)

De esta manera, y desde una mirada radical, los espacios diferenciales, en cuanto sean espacios ceñidos por una racionalidad espacial, por más alternativos y lisos que sean en su propuesta, pueden conservar la organización de la racionalidad espacial, inclusive como ocurre en la actualidad con los lugares evanescentes. *“Lo liso es la variación continua, es el desarrollo continuo de la forma, es la fusión de la armonía y de la*

melodía en beneficio de una liberación de valores propiamente rítmicos, el puro trazado de una diagonal a través de la vertical y de la horizontal” (Deleuze y Guattari, 2004, p. 487). Algo que también puede convertirse en un espacio de representación.

En una sociedad de redes, pos-global, la racionalidad espacial pareciera haber subsistido y aparecer tanto de manera lisa como estriada, rigidizando aquello que en la lógica de red parecía desbordarse (veamos por ejemplo las redes sociales). *“Pues bien, en el espacio estriado, las líneas, los trayectos tienen tendencia a estar subordinados a los puntos: se va de un punto a otro. En el liso, ocurre justo lo contrario: los puntos están subordinados al trayecto”* (Deleuze y Guattari, 2004, p. 487).

Tal y como aparece en la figura anterior, y aludiendo a la cita, el espacio durante toda la modernidad ha prevaecido según el *estriamiento*, donde los puntos o capitales ejercían un dominio sustantivo. En la actualidad o en lo liso, los puntos están subordinados al trayecto, en consecuencia, la superficie está desbordada por emergentes acontecimientos que en el siglo anterior no contemplamos.

Sin embargo, aunque en un modelo predomine el control del espacio, y en el otro la emergencia de los diversos puntos y el trayecto, el espacio sigue existiendo igual. Con ciudadanos de capitales modernas y metrópolis, o bien como una multiplicidad de *city users*, heterogéneos, que se van adaptando a los acontecimientos diarios pero evanescentes.

Conclusiones

La literatura y las diversas discusiones en la actualidad sobre el espacio como cuestión concerniente a disciplinas como la geografía, el urbanismo, la sociología y la arquitectura, entre otras, ha evidenciado un tránsito de la mirada analítica y crítica sobre el espacio, hacia otra de corte secuencial, alternativo y propositivo. Los espacios diferenciales y las transducciones, ambas conceptualizaciones teóricas de Henri Lefebvre, se han convertido en un motor inspirador para referirse a las resistencias del espacio y a la producción de espacios alternativos. Encontramos en Edward Soja uno de los principales representantes contemporáneos.

A su vez, la transducción, como la posibilidad de una alternativa de espacio concebido, se presenta como una realidad de absorber por parte del urbanismo y arquitectos que muestran una adhesión por la proyección de ciudades y territorios con una pertinencia de apropiación por sus habitantes y entornos.

Sin embargo, a partir de un análisis minucioso y en detalle acerca del espacio, podemos dar cuenta de ciertas propiedades y características que vuelven una tarea dificultosa la consagración de espacios diferenciales, entendiéndose como algo diverso de la representación del espacio establecida. ¿Cuándo realmente se constituye en una alternativa?

Por contraparte, los lugares se presentan por definición como algo opuesto al espacio. Los lugares no eran producidos sino vividos, y la gran transformación de los territorios durante la modernidad, es decir, desde el siglo XV en adelante, ha sido justamente la desaparición de los lugares. En su posición, ha sido el espacio nacional y las capitales la máxima expresión de los territorios.

El espacio es en sí mismo una condensación problemática de puntos de vistas y colocaciones. No es en sí algo tangible; sin embargo, es algo descriptible. No es en sí un modelo evidente, pero opera como modelo y funcionamiento del mundo. No es en sí una representación del mundo, pero es un facilitador de su complejidad, y opera para reducir operaciones en la vida cotidiana.

En ese sentido, la unidad espacial y, por sobre todo, la *racionalidad espacial o cartográfica* (Farinelli, 2009b), subsiste hasta los tiempos actuales en su discursividad y modelación. Para ello, cabe destacar, debemos esforzarnos por asimilar la triada espacial: espacio concebido, percibido y vivido, ya no en la dialéctica o trialéctica espacial, sino en la unidad integrada entre significante, significado y significación, tal como sugiere Lladó (2012) para entender la propuesta de Farinelli. No por nada ve en el mapa un objeto pretérito como los libros, la síntesis de un modelo espacial que produjo la realidad en que vivimos, y no al revés, precisamente por la capacidad ontológica que tiene la racionalidad espacial para penetrar en todos los campos de la existencia.

Contemporáneamente, observamos que aun en aquellos “lugares” convocantes y evasivos, la racionalidad espacial genera una adhesión mediante objetos adúladores y excitantes. Estos objetos atrayentes por la emotividad y sentidos, deben contar, eso sí, con un sujeto que se ajuste al propósito del lugar, es ahí donde aparece la racionalidad espacial, ya que dicho sujeto no cuenta según la apropiación que haga del lugar, sino la manera que tiene de plantearse como un *city user* (Amendola, 2009, 2010), es decir, como un usuario que es potencialmente un consumidor de la ciudad y que es capaz de diluirse, modificar su personalidad, cambiar, mutar, manteniendo su condición de *city user*. La condición es esa, interactuar sin transformarse junto al lugar, sin un enfoque de lugares.

Finalmente, debemos consignar la necesidad de observar al espacio de modo crítico de acuerdo a la unidad y ejercicio de poder en todas las disciplinas: urbanismo, geografía, ingeniería, sociología, arquitectura, entre otras.

La subsistencia de la racionalidad espacial en la actualidad es un problema que orienta la investigación en profundidad sobre el espacio, entendiéndolo en su profundidad, según su definición, colocación y discursividad. Esto nos remite a considerar el estudio de Henri Lefebvre como un estudio unitario acerca del funcionamiento del espacio, y no, como se ha considerado en el último tiempo, de acuerdo a las posibilidades que podría entregar el espacio. Farinelli nos aporta profundidad en la discusión espacial. No niega la socialidad respecto al espacio, sino que la ubica en un sentido profundo y político, científico, como programa de un modelo que nació con occidente y se articuló con la cartografía moderna, de ahí la racionalidad cartográfica y espacial.

Para revertir esta lógica —que mucho tiene que ver con el origen de la acumulación capitalista—, no bastaría sólo adherir a los espacios diferenciales y la transducción del espacio como metodología de quienes se vinculan en torno a este tema, sino modificar el paradigma con el cual hemos conocido aquello que decimos conocer como espacio. Yendo más allá de la trialéctica, por el hecho de que existe una racionalidad integrada en el sistema mundo. En la medida en que la transducción o lo diferencial sea una propuesta que no integre racionalidad espacial, estaríamos hablando de una verdadera alternativa, que puede inclusive poner en cuestión el ciclo originario de acumulación capitalista, que sigue persistiendo en las ciudades de forma *evanescente*.

Solo de este modo nos podemos ir aproximando a un pensamiento global que, de acuerdo a Farinelli, no quiere decir pensar como la globalización económica, sino como la tierra, donde todas las disciplinas y las ciencias están integrada en un solo pensamiento, por cierto, global, de globo, *terra*.

Bibliografía

Acebo, Enrique (1996). *Sociología del arraigo*. Buenos Aires: Claridad.

Amendola, Giandomenico (2008). *La città postmoderna, magia e paura della metropoli contemporanea*. Roma: Laterza.

- Amendola, Giandomenico (2009). *Il progettista riflessivo. Scienze sociali e progettazione architettonica*. Roma: Laterza.
- Amendola, Giandomenico (2010). Tra Dedalo e Icaro. La nuova domanda di città Roma: Laterza.
- Arrighi, Giovanni (1999). *El largo siglo XX* (Vol. 3). Madrid: Akal.
- Lladó, Bernat (2012). El revés del mapa. Notes al voltant de Brian Harley i Franco Farinelli. *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 58(1), 165-176.
- Baringo Ezquerro, David (2013). La tesis de la producción del espacio en Henri Lefebvre y sus críticos: un enfoque a tomar en consideración. *Quid*, 16(3), 119-135.
- Braudel, Fernand (1981). *La dinámica del capitalismo*. Bolonia: Il Mulino.
- Beck, Ulrich (1998). *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona: Paidós.
- Bourdieu, Pierre (1991). *El Sentido Práctico*. Madrid: Taurus.
- Borges, Jorge Luis (2011). *El libro de arena*. Buenos Aires: DeBolsillo.
- Calabi, Donatella (2004). *Storia dell'urbanistica europea*. Milán: Bruno Mondadori.
- Conzen, Michael (2009). World-class Urban Park. Il Millennium Park di Chicago e il significato di spazio pubblico nella città globale. Spazi pubblici e parchi urbani nella città contemporanea. Bolonia.
- Deleuze, Gilles, y Guattari, Felix (2004). *Mil mesetas*. Valencia: Pre-textos.
- Esposito, Roberto (1998). *Communitas: origine e destino della comunità*. Torino: Einaudi.
- Farinelli, Franco (2009a). *I segni del mondo, imagine cartografica e discorso cartografico in età moderna*. Milán: Academia Universa Press.
- Farinelli, Franco (2009b). *La crisi della ragione cartografica*. Torino: Einaudi.
- Flores, Luis. (2003) Fenomenología de la espacialidad en el horizonte de la corporalidad. *Teología y vida*, 44(2-3), 265-269. <https://dx.doi.org/10.4067/S0049-34492003000200011>
- Galli, Carlo (2009). *Contingenza e necessità nella ragione politica moderna*. Roma: Laterza.
- Harvey, David (2002). *La crisi della modernità, riflessioni sulle origini del presente*. Milán: Il Saggiatore
- Jiménez Pacheco, Pedro (2016). Claves epistemológicas para descifrar el derecho a la ciudad de Henri Lefebvre. *Estoa*, 5(8), 21-28.
- Lefebvre, Henri (1961). *El materialismo dialéctico*. Buenos Aires: La Pleyade.
- Lefebvre, Henri (1972). *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid: Alianza.
- Lefebvre Henri. (1976). *La produzione dello spazio*. Milán: Moizzi.
- Lefebvre, Henri (2013/1974). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- León Casero, Jorge (2013). Notas para una teoría de la metrópoli. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 3(2), 39-52. <http://www2.ual.es/urbs/index.php/urbs/article/view/leon>
- Marx, Karl, y Engels, Friedrich (1974). *La ideología alemana*. Barcelona: Grijalbo.
- Núñez, Ana (2009). De la alienación, al derecho a la ciudad. Una lectura (posible) sobre Henri Lefebvre. *Theomai*, 20, 34-48.
- Paolucci, Gabriela (2009). Riflessività critica e sapere sociale dell'architetto. En Giandomenico Amendola (ed.), *Il progettista riflessivo. Scienze sociali e progettazione architettonica* (pp. 37-49). Roma: Laterza.
- Pumain, Denise., & Saint-Julien, Thérèse (2001). *Les interactions spatiales*. París : Armand Colin.
- Sassen, Saskia (1997). *La città nell'economia globale*. Bolonia: Il Mulino.
- Sassen, Saskia (2008). *Territorio, autorità, diritti*. Milán: Mondadori.
- Schlögel, Karl (2003). *Leggere il tempo nello spazio, saggi di storia e geopolitica*. Milán: Mondadori.
- Soja, Edward (1997). El tercer espacio. Ampliando el horizonte de la imaginación geográfica. *Geographikós*, 8(2), 71-76.

- Raffestin, Claude (1993). *Por una geografía do poder*. San Pablo: Ática.
- Raffestin, Claude (2009). L'invenzione dello spazio o il feuilletage delle rappresentazioni. En VV.AA., *Le frontiere della geografia*. Torino: UTET
- Raffestin, Claude (2012). Space, territory, and territoriality. *Environment and Planning D: Society and Space*, 30(1), 121-141.
- Rincón, Análida, y Núñez, Ana (2013). La vigencia de Henri Lefebvre en la investigación urbana y territorial. *Territorios*, 29, 13-16.
- Robertson, Robbie (2005). *Tres olas de globalización: historia de una conciencia global*. Madrid: Alianza.
- Rodríguez, Luis (2013). Espacio vivido: del espacio local al reticular. Notas en torno a la representación social del espacio vivido en la globalización. *Revista Pueblos y Fronteras Digital*, 8(15), 225–250.
- Romero, Sabrina Montserrat (2010). *Pielas interactivas. Hacia una arquitectura mediatizada*. Tesis doctoral. Universidad de Belgrano. Facultad de Arquitectura y Urbanismo.
- Vidler, Anthony (2000). Diagrams of diagrams: architectural abstraction and modern representation. *Representations*, 72(1), 1-20.
- Weber, Max (2003). *La città*. Roma: Donzelli Editore.
- Werlen, Benno (1993). *Society action and space: an alternative human geography*. Hove, UK: Psychology Press.



Los textos publicados en esta revista están sujetos –si no se indica lo contrario– a una licencia de [Atribución CC.4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). Usted debe reconocer el crédito de la obra de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede compartir y adaptar la obra para cualquier propósito, incluso comercialmente. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace. No hay restricciones adicionales. Usted no puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier uso permitido por la licencia.